



BENJAMÍN TORRES GOTAY
PERIODISTA

LA RESTAURACIÓN DE BABEL: LA LENGUA
ANTE LA POSVERDAD Y LA FRACTURA DE
LAS PALABRAS Y LOS SIGNIFICADOS

DISCURSO DADO POR D. BENJAMÍN TORRES GOTAY
EN OCASIÓN DE SU INCORPORACIÓN COMO MIEMBRO
DE NÚMERO A LA ACADEMIA PUERTORRIQUEÑA
DE LA LENGUA ESPAÑOLA
SAN JUAN, PUERTO RICO
10 DE ABRIL DE 2025

Antes que todo, permítanme agradecer a la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española, especialmente a su presidente, el doctor José Luis Vega, el enorme honor que me hacen al haberme elegido como académico. Este inesperado privilegio, en sí mismo es uno de los mayores homenajes que se me han hecho en la vida, adquiere un significado aún mayor cuando se toma en cuenta que he sido designado a la silla que ocuparon antes gigantes de la letra y el pensamiento puertorriqueño y latinoamericano como lo son Jorge Font Saldaña, el gran José Ferrer Canales y, por supuesto, el entrañable Arturo Echavarría. No pretenderé jamás llenar, ni siquiera a la mitad, los enormes zapatos de mis antecesores en la N mayúscula. Pero mis capacidades, las que

sean, están día y noche conscientes de la responsabilidad sin par a la que obliga el espacio que ocupo en este cuerpo, tanto por el privilegio de la designación en sí misma, como por los distinguidos compatriotas a los que me honro en suceder.

Al designármese académico es la primera vez que ese sustantivo de tanto peso —académico— se usa para referirse a mí. Nunca he sido, ni pretendido ser, un académico, ni las aportaciones que pueda yo haber hecho a nuestra lengua vienen del ámbito de la academia. Los méritos que los miembros de esta Academia creen que yo puedo tener para merecer este privilegio vienen del ejercicio del periodismo, oficio que, con nuestro castellano como el ceramista con su arcilla de gres, he practicado por más de 30 años contándole a este país su propia historia.

A diario, cada mañana, el castellano y yo nos saludamos con un beso, vemos juntos qué es preciso contar y nos echamos a rondar entre letras, oraciones, párrafos, inflexiones, puntos, comas, tildes, todo lo que corresponda. No ha habido un día en que yo no teclee una palabra que no quiera, respete y valore como lo que es, el oxígeno y la sangre de mi trabajo, y también de mi nación. Quisiera pensar que mi elección como académico es resultado de que se ve, desde afuera, esa relación apasionada, que he tenido con nuestra lengua desde que la conocí al conocerme a mí mismo. Por eso, una y un millón de veces más, gracias.



Las palabras, una vez, significaron lo mismo para todos los hablantes de una misma lengua. Cuando alguien decía «árbol», «piedra», «viento» o «luna», en español, todos los hispanoparlantes sabíamos, en términos generales, a qué se refería. Ese entendimiento parte del acuerdo al que, en las etapas más tempranas de la civilización, llegamos los

seres humanos. Al pactar acerca de cómo nombrar desde los fenómenos astrales, hasta el cordón de los zapatos, los seres humanos acordamos los códigos a través de los cuales nos entenderíamos los unos a los otros para amarnos, para hacernos la guerra, para avanzar, aquietarnos o para retroceder. En pocas palabras, para conocernos y, presumiblemente, entendernos. Dice el filósofo israelí Yuval Noah Harari en *Sapiens: breve historia de la humanidad*, que el lenguaje, en sus formas más complejas se estima que tiene unos 70,000 años, permitió al ser humano «conquistar el mundo». En las primeras líneas de *Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez fabula, con su maestría usual, en una línea de apenas veinte palabras, cómo eran las cosas antes de la invención del lenguaje común: «el mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre y, para mencionarlas, había que señalarlas con el dedo...». Todos conocemos el resto.

La historia de la humanidad, sabemos todos, ha sido un largo y caudaloso río de sangre. Desde el conflicto que más fuentes señalan como el más antiguo en la historia, entre las ciudades sumerias de Lagash y Umma (hoy Irak), 2,500 años antes de Cristo, hasta la invasión rusa a Ucrania, en esta misma década, pasando por innumerables conflagraciones, masacres, genocidios y conquistas, los seres humanos siempre hemos estado buscando la manera de aniquilarnos. «Cuando hay muchos hombres juntos», nos decía, con toda razón, en *Las palabras*, la autobiografía de su niñez, el gran Jean Paul Sartre, «o se separan por medio de ritos o se matan unos a otros».

En los intersticios de paz que siglos de guerra dejaron, sin embargo, la humanidad continuó avanzando, encontrando curas a enfermedades, incluyendo las hoy muy demonizadas vacunas, alargando las expectativas de vida, logrando asombrosas hazañas tecnológicas y, sobre todo, propagando la praxis de los derechos inalienables de la persona, un concepto

que hoy damos por sentado, pero que hasta la segunda mitad del siglo XX era algo desconocido para la mayoría de los humanos. Si bien esos derechos todavía hoy a menudo no son respetados, casi nadie ignora cuáles son, ni se encuentra a mucha gente que no añore disfrutarlos, lo cual es, en sí mismo, un avance importantísimo.

«A medida en que la razón y el humanismo se expandieron con la ilustración, los seres humanos comenzaron a ver la violencia como un problema a resolver, no como un espectáculo a celebrar», dice en su libro *Los mejores ángeles de nuestra naturaleza* el pensador canadiense Steven Pinker, quien sostiene que la humanidad vive, en el siglo XXI, el mejor momento de la historia. Todos estos avances, por supuesto, se deben gracias a la habilidad de los seres humanos de comunicarnos unos con otros mediante la alquimia de la lengua común.

El volcán de la historia siempre está en erupción y no deja piedra sobre piedra. Los años, las décadas y los siglos —como hojas arrasadas por el viento—, se acumularon unos sobre otros. Se fueron por el tobogán del tiempo la Antigüedad, la Edad Media, el Renacimiento, la Ilustración. Nos cayeron como aguacero súbito la modernidad y la revolución industrial y tecnológica. En el fragor de las eras, la lengua sufrió una transformación *fundamental*: cesó de ser solo un instrumento de comunicación para convertirse en un arma. Las palabras no eran ya meros códigos para señalar, cosas, seres, artefactos, sensaciones, ideas; se volvieron piedras, flechas, arcabuces, catapultas, bayonetas, rifles, escopetas, ametralladoras, bombas, misiles. Fueron convertidas, en resumen, en un instrumento de guerra, de agresión, manipulación y hasta de tortura. El mismo instrumento con el que se le devuelve el color al rostro demudado de una madre que necesita confirmar que su hijo vive, la palabra, puede usarse igual para insultar, vilipendiar, estigmatizar y hacer odiar su propia vida a ese

mismo hijo.

Por supuesto, desde que los seres humanos empezamos a juntar unas palabras con otras para construir frases y articular ideas, existen los insultos y los ataques verbales. En prácticamente todas las civilizaciones antiguas de las que se han encontrado rastros escritos, aparecen insultos. Especialmente curioso es, por ejemplo, uno hallado en una tablilla sumeria de aproximadamente 2,500 años de antigüedad, en la antigua Mesopotamia, hoy Irak: «eres hijo de una mujer que no sabe cocinar». (La mala costumbre de usar a la madre como eje de insultos hacia la persona, como ven, no es de ahora). Insultos, ataques, manipulación, mentiras, y, sobre todo, propaganda han sido parte importante, casi tan importante como la propagación misma de la belleza y de la libertad, del menú de la lengua desde los albores de la invención del lenguaje hablado.

Sin embargo, nunca la palabra ha sido tan peligrosa como en nuestro tiempo. En 1969, el Departamento de la Defensa de Estados Unidos creó una red interconectada de computadoras, con el fin de mantener la comunicación en caso de un ataque nuclear. El ataque nuclear a Estados Unidos nunca ocurrió (fueron ellos los que mataron más de 200,000 tirando bombas nucleares en las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945), pero aquella red se convirtió, 30 años después, en 1989, en lo que se conoce desde entonces como el *world wide web* o simplemente como el internet. El internet, más la masificación de los *microchips*, un artefacto inventado en los años 50 que permite el almacenamiento de cantidades inimaginables de información en un aparatito del tamaño de una uña, son los responsables de la tremenda sacudida telúrica experimentada por las comunicaciones humanas durante los últimos 30 años. La transformación ha sido de tal magnitud que hoy no muchos recuerdan la vida antes de Facebook, WhatsApp,

Spotify, iPhone, Google, mensajes de texto, videollamadas, GPS y, más recientemente, ChatGPT, DeepSeek, Gemini y Copilot, entre otros bots de inteligencia artificial.

No hay palabras que puedan explicar esta descomunal transformación, sobre todo en lo que se conoce como el «discurso público». Del tiempo en que unos pocos afortunados periodistas, escritores, personalidades públicas, gobernantes, farándula, iglesias, otras instituciones, tenían el monopolio de lo que se podía decir públicamente, pasamos, en lo que dura un relámpago, al pandemónium de hoy, en el que cualquier individuo, en casi cualquier lugar del mundo, con un teléfono con acceso al internet y una cuenta en la red social de su preferencia como únicos instrumentos, puede también ser parte, sin necesitar que nadie le dé paso, del «discurso público». Este súbito desarrollo siempre me ha recordado aquel cuento anónimo chino titulado «La cólera de un particular», por la manera en que pone de frente el significado de lo que son las acciones de un rey, versus las de un ciudadano particular. En ciertos momentos de la historia, desde la invención del internet hacia acá, no son pocas las veces que la cólera de un particular, expresada a través del ciberespacio, ha tenido un impacto similar a lo dicho por un rey, un gobernante, un empresario o un periodista.

Esto fue, por un lado, muy bueno. Permitió a legiones de personas dar a conocer su parecer sobre lo que fuera, y como fuera, sin necesitar ningún intermediario como antes fueron los periodistas que lo entrevistaban, los editores que le publicaban un libro o sus ideas en la sección de cartas de un periódico o incluso los locutores de una estación que le permitían salir al aire en uno de esos programas en que la gente llama a desahogarse. En regímenes autoritarios (y a menudo incluso sin serlo) en que los medios de comunicación son cooptados por el poder, o silenciados si no lo son, la

libertad del ciberespacio tiene una importancia invaluable. Ha hecho que sea prácticamente imposible censurar o callar ideas, buenas y malas. En la misma medida en que hace apenas treinta o cuarenta años las dictaduras controlaban la radio, la televisión y los periódicos, intentan hoy, casi nunca con éxito, porque sobran mecanismos accesibles para burlarlo, controlar el acceso al internet. No son pocas las revueltas populares que han sido organizadas por personas particulares a través de las redes sociales, sin intervención de dirigentes políticos, ni partidos, durante los pasados veinte años. La Primavera Árabe en Medio Oriente y nuestro Verano del 19 son dos de los mejores ejemplos del ejercicio de esa libertad.

En pocas palabras, democratizó las comunicaciones masivas, con un millón de significados de todos los matices. Nos quitó a gente como yo, periodistas, el monopolio de decidir quién puede hablar en público y en alguna, o mucha, medida, qué se podía decir. Al principio de mi carrera, cuando el internet era un concepto exótico del que muchos habíamos oído hablar, pero pocos visto, el veterano periodista Rafael Matos, uno de mis primeros jefes, me dijo a manera de consejo: «recuerda que el periodista siempre tiene la última palabra». Ese cesó de ser el caso. La última palabra ahora no la tiene nadie. La comunicación humana, en este tiempo de hiperconectividad ininterrumpida, es un bucle sempiterno en el que uno entra, ve qué hay, trata de aportar, a pesar de que es casi imposible hacerse oír entre tanto estruendo. Uno sale, vuelve —tiempo o incluso años después— y la misma discusión, muy a menudo con los mismos argumentos, continúa con la misma intensidad del primer momento. (No solo estoy hablando del tema del estatus de Puerto Rico, por si acaso).

El internet trajo a las redes sociales, otra trascendental transformación en las comunicaciones masivas. Surgieron como una opción para establecer contacto de persona a

persona con el fin de compartir relatos, noticias, fotos y vídeos sobre la cotidianidad. Ustedes entran a su página de Facebook y en la caja en la que se escribe lo que uno quiere compartir simplemente dice: «¿Qué estás pensando?». Así de sencillo era. Pero, con el tiempo, estas plataformas alcanzaron tal auge que actores mediáticos, comerciales y políticos le vieron potencial, y comenzaron a aprovechar, en un proceso que van afinando prácticamente a diario, su potencial para controlar masas y mensajes. Lo que fue una vez un instrumento de libertad, terminó convertido, para innumerables efectos, en una cárcel.

Con una cuenta de red social, cada cual puede convertirse en su propio medio de comunicación, eligiendo qué ve, qué dice y qué comparte en sus respectivos hilos. Es como ir a un restaurante y elegir un menú; una pieza de esto, dos de aquella, una de lo otro, más los aderezos de nuestra preferencia. Antes, un editor de medio periodístico, elegía qué vería el público, en qué orden, con qué énfasis y hasta las palabras o tonos en que se diría. Tal vez más crítico aun, igual que el poder de dejar ver, estaba el de tapar lo que necesitaba ser visto. Ahora cada cual tiene la posibilidad de hacer esas divulgaciones, desde la comodidad de su teléfono, para sus pocos o muchos amigos o seguidores. Hoy, cerca de 4,800 millones de personas, lo cual sería el 60% de la población mundial, tienen alguna presencia en redes sociales. En muchísimas sociedades, incluyendo la nuestra, ya es más la gente que se informa de lo que ve en su red social predilecta que de medios tradicionales.

Con las redes sociales llegó el algoritmo, una especie de mecanismo interno de procesamiento de datos y organización de la información que gobierna, entre muchas otras cosas, la manera en que el internet se relaciona con el comportamiento del usuario. A base de la información que cada sitio de internet guarda de usted cuando lo visita (todos nos hemos fijado en el aviso de manejo de *cookies* que aparece cuando uno entra a

muchas páginas), el algoritmo desarrolla un perfil del usuario y, con el propósito de mantenerlo vinculado a su página la mayor parte del tiempo, comienza a sugerirle contenido y, más importante aún, publicidad, ajustada a ese perfil suyo que ya el algoritmo definió. El algoritmo, por ejemplo, puede detectar la tendencia política de las noticias que usted pasa más tiempo leyendo. De ahí en adelante, cada vez que entre a la red social de su preferencia, su *feed* estará inclinado hacia contenidos, noticiosos o publicitarios, que complazcan esa tendencia suya que ya el algoritmo identificó. Pasa esto en todo, desde lo inocente (contenido gracioso de perros si usted pasó una tarde viendo vídeos de perros), hasta lo peligroso (contenido que refuerce sus prejuicios y odios, si usted anduvo un ratito dándole foro a algún odiante perjudicado). En la medida en que las redes sociales le suplen a una persona un flujo continuo de contenido ajustado a las ideas que ya tiene esa persona, más se encierra en su visión de mundo y menos incentivo tiene para tratar de entender a otros y llegar a acuerdos. A eso es que llamé, hace un momento, la cárcel.

Este fenómeno es el responsable del ambiente de crispación, polarización e incomunicación en que vivimos los humanos en este tiempo, en el que, habiendo, paradójicamente, más maneras de comunicarnos que nunca, estamos más solos e incomunicados que siempre. La práctica de las redes sociales de atosigar a las personas de contenido que refuerce sus ideas, y no de otras perspectivas que puedan enriquecer su visión de mundo exponiéndolos a maneras distintas de ver las mismas cosas, ha terminado creando lo que se conoce como «cámaras de eco», que son grupos de personas con ideas y prejuicios similares, hablando entre sí mismos, sin exposición, y por lo tanto sin interés, en otras perspectivas.

En un ensayo publicado en 2021 en la revista de la Fundación Nacional de las Ciencias de Estados Unidos,

un grupo de investigadores del Departamento de Ciencias Ambientales, Informática y Estadísticas de la Universidad de Venecia, en Italia, dijo:

Los algoritmos median e influyen en la promoción de contenido, teniendo en cuenta las preferencias y actitudes de los usuarios. Un cambio de paradigma de esta magnitud afecta la construcción de percepciones sociales y la configuración de narrativas y puede influir en la formulación de políticas, la comunicación política y la evolución del debate público, especialmente en temas polarizantes.

Los investigadores llegaron también a la conclusión de que las cámaras de eco son caldo de cultivo de la radicalización. «Una cámara de eco puede actuar como un mecanismo para reforzar una opinión ya existente en un grupo y, como resultado, moverá a todo el grupo hacia posiciones más extremas», agregan los investigadores.

Ese es, exactamente, el ambiente febril en el que vivimos en este tiempo. La conversación pública global se ha polarizado de tal manera que, los que tratamos de mantener un balance y entender todas las perspectivas, a menudo, no encontramos la manera de hacernos oír. Cada cual en su silo, atrincherado en su manera de ver el mundo, imbuido por la información que le llegó, a veces vía un tío o una vecina, a través de su red social predilecta, sin conciencia, en ocasiones, de la importancia de contrastar sus ideas con otras, incluso, para mejorarlas, si ese fuera el interés. Esto es un virus que afecta todas las tendencias políticas e ideológicas. Extrema izquierda y extrema derecha —la moderación y el sosiego son cada vez más difíciles de encontrar— encerrados cada cual en sí mismo, refocilándose en sus propias ideas, demonizando

o incluso deshumanizando al contrario, tan convencidos todos de lo que creen que no sienten siquiera la necesidad de conocer, muchos menos entender, las ideas de otros.

En diferentes momentos de la historia, ha habido naciones enteras que, víctimas de regímenes totalitarios con medios estatales como única fuente de información, han vivido en cámaras de eco del tamaño de un país. Hoy, se asoma uno al ecosistema mediático e informativo, y se ve, como cráteres humeantes en la superficie lunar, una sucesión interminable de cámaras de eco, con personas como autómatas enredados en sus discursos, consignas, prejuicios y fobias, desinteresados, cuando no abiertamente hostiles —lo cual es bastante común— hacia los que piensan distinto. La brecha entre unos y otros es tan enorme que no parecería que están siquiera hablando el mismo idioma. Conceptos universales en los que una vez estuvimos de acuerdo (qué es una guerra o qué es censura, por ejemplo), hoy se tratan como cuestiones sujetas a interpretación. La información, la ciencia, la historia y la cultura, en los que por eras nos refugiamos de las incertidumbres de una realidad compleja más allá de la capacidad de cualquiera para entenderlo todo, hoy se abaratan, se minimizan y hasta se impugnan cuando sus lecciones no se ajustan a las ideas a las que demasiados quieren aferrarse, independientemente de la base que tengan en la realidad. La desinformación, los discursos de odio, la deshumanización de minorías, los llamados *fake news* o «verdades alternativas» se reproducen como bacterias y contaminan de manera irremediable el torrente sanguíneo de la conversación pública. Por un tiempo, las redes sociales hicieron esfuerzos, si bien no especialmente vigorosos, por controlar el flujo de bulos y desinformación. Pero, doblados de miedo ante el trumpismo, que respira mentira y violencia discursiva, han renunciado a una responsabilidad

de tanta gravedad. «La verdad ha sido desplazada por la verosimilitud», dice el pensador estadounidense Daniel J. Boortin. La verdad, agrego yo, dejó de ser el valor supremo a cuyo descubrimiento, o al menos acercamiento, todos, alguna vez, aspiramos. Las palabras dejaron de tener el mismo significado para todos; cada cual adjudica a viejos conceptos el significado que le plazca.

Todos hemos escuchado el relato bíblico de la Torre de Babel. Descendientes de Noé, dice el relato, que aparece en el Libro de Génesis, quisieron construir, en Sinar (hoy Irak) una torre cuyo tope llegara al cielo. Dios, disgustado, hizo a cada cual hablar un idioma distinto, de manera que no pudieran entenderse, ni, por lo tanto, completar la ostentosa obra. La interpretación más común de esta alegoría es que Dios castigó la arrogancia humana privándoles de la más, valga la redundancia, humana de las facultades, que es la de comunicarse unos con otros mediante los códigos previamente pactados. El gran Jorge Luis Borges también jugó con la idea de la incomunicación en su cuento «La biblioteca de Babel», en el que los habitantes de una biblioteca infinita pasan siglos tratando de encontrarle sentido a un caos interminable de libros ininteligibles. ¿No hacen recordar esos relatos justo lo que vivimos en este tiempo, con la gente dividida en tribus que no parecen siquiera capaces de hablar en el mismo lenguaje? ¿No hemos restaurado a Babel? ¿No es verdad que parece que las palabras perdieron su significado, que en cada bando de esta guerra sin fin cada cual le atribuye el sentido que le parezca, que una guerra no es ya una guerra, ni comunismo o fascismo, por mencionar solo de los ejemplos más manoseados, son lo que siempre entendimos que eran y que ha sido milimétricamente definido por la historia y por la cultura? ¿No parece que hemos perdido ya la capacidad de comunicarnos?

Las más importantes, sin embargo, pueden ser otras. ¿Qué puede lograr la palabra bella, eterna, poderosa, pero también vieja, solitaria, a menudo cansada, en medio de esta tormenta de furia y crispación? ¿Qué valor preserva cuando se ha adulterado de tal manera que muchas veces ni un significado común mantiene? Enfrentar esta caótica sinfonía con un arma tan rústica, tan básica, como simples palabras, ¿no es como pretender protegerse con un paraguas de un tsunami? ¿Acaso perdimos ya la batalla o está cantada ya la derrota? Esos son los desafíos de este tiempo de toda persona interesada en la verdad, en la paz y en la libertad, pero lo son más aun de los que, como yo, y como muchos de los que estamos aquí esta noche, trabajamos con la lengua y las palabras como materia prima.

Pero la palabra, que es uno de los acompañantes más viejos del ser humano, es inmortal. Una luciérnaga ha sido siempre una luciérnaga; la sangre, sangre; y el horizonte, el horizonte. Ese es, entonces, su valor: la persistencia y la fuerza. Hoy, ultrajada por los que quieren mal a la humanidad, atraviesa un momento difícil, pero ha resistido antes y continuará resistiendo. Se puede sugerir, y seguramente pasará en algún momento, alguna regulación del uso de redes sociales que minimice los riesgos de la desinformación y la polarización. Pero esas cosas, sabemos que se van con la misma facilidad con las que aparecen, sobre todo, como es el caso, cuando no le conviene a gente poderosa. La verdad, la libertad, la democracia, la justicia, todo lo que es preciso defender, tenemos que hacerlo nosotros, todos los días, a todas las horas, en toda circunstancia. Usándolas, cuidándolas, dando testimonio de su innegable valía, así es que la palabra y sus significados sobreviven. Cuando todo haya perecido, quedará, incólume, la palabra, refugiándonos en su fuerza, en su sentido, en todo lo que fue, es y seguirá siendo. Todo pasa, menos la palabra. Al que dude, piense en Pablo Neruda, quien

describió al castellano como el oro que dejaron en nuestra tierra los que se llevaron el otro otro, y que nos decía, en un texto titulado simplemente «Las palabras»:

Son las palabras las que cantan, las que suben y bajan...
Me prosterno ante ellas... Las amo, las adhiero, las persigo, las muerdo, las derrito... Amo tanto las palabras...
Las inesperadas... Las que glotonamente se esperan, se escuchan, hasta que de pronto caen... Vocablos amados... Brillan como piedras de colores, saltan como platinados peces, son espuma, hilo, metal, rocío...

Muchas gracias.